

LA SITUACION ACTUAL DE LA CIENCIA ECONOMICA (*)

I

Cuando tuve el honor de recibir la invitación para pronunciar una conferencia en este seminario, me sentí un poco preocupado por la elección de un tema que me permitiese utilizar, en la mejor de las formas, la oportunidad que se me ofrecía.

Una exposición detallada de un problema de economía aplicada no me parecía, a propósito, a la finalidad perseguida, así como tampoco me parecía oportuno un examen de una cuestión especial cualquiera de economía teórica, alternativa, esta última, que no hubiera sido capaz de suscitar un interés general. Pensé, por lo tanto, que sería mejor disertar sobre algún asunto de mayor amplitud.

Las ocasiones que se ofrecen a los economistas de nuestros dos países para intercambiar los respectivos puntos de vista acerca de los progresos generales de su materia son, en realidad, muy limitadas; a decir verdad, esto constituye un fenómeno más bien general, puesto que en ningún otro lugar el proceso de intercambio de ideas ha sido mucho más fructífero.

Me pregunto, en consecuencia, si no sería adaptado a las circunstancias el que se me permitiese pensar un poco en voz alta, en vues-

(*) El artículo recoge la conferencia pronunciada en abril de 1959 por el profesor Lionel Robbins, en la Universidad de Roma, bajo la presidencia de su rector, profesor Giuseppe Ugo Papi.

Artículo publicado en *Rivista di Politica Economica*, agosto-septiembre 1959.

La traducción del original inglés ha sido realizada por Enrique Fuentes Quintana.

tra compañía, acerca de la situación de nuestra materia en general, subrayando algunos de los progresos logrados durante los tres o cuatro decenios últimos y expresando algunas esperanzas y temores para el futuro.

No estoy seguro del grado de utilidad que podrá tener para vosotros todo eso, pero estoy cierto de que me servirá de gran ayuda, a mí mismo, sobre todo si consigo provocar vuestros comentarios. Y, con permiso del señor Rector, eso es lo que me propongo hacer.

II

Permitidme que os diga enseguida que, con la elección del tema indicado no me propongo, en absoluto, exponer nada sensacional. En otras personas y en otros tiempos, el anuncio de la intención de disertar sobre la situación actual de la ciencia económica, podía interpretarse fácilmente como el prelude de una denuncia drástica del conjunto de los conocimientos adquiridos, como el eco de una invitación a proceder en el futuro, siguiendo nuevas directrices, el inicio de una cruzada... o, por lo menos, de una revisión.

No será ésta, en absoluto, mi intención. Los límites de mis palabras estarán contenidos dentro del ámbito de las constataciones de hecho; cualquier otra cosa que se añadiese a eso no resultaría, en mi sentir, apropiado a la presente ocasión.

Comenzaré por definir mi posición personal. A mi modo de ver, están ya muy lejos los tiempos en los cuales la ciencia económica precisaba de revisiones drásticas o de grandes elogios. La ciencia económica es, tal vez, la única entre las diversas ramas de los estudios sociales, salvo el derecho y la jurisprudencia, que ha llegado a una sistematización de su propio *status*. No es ni estática ni tampoco completa. Existe en sus fronteras una continuidad de polémicas y de controversias. No puede dudarse, sin embargo, que como materia, como rama de especialización profesional *ha llegado*. Para darse cuenta de ello basta con pensar en la continua demanda de economistas expertos por parte de los gobiernos y del mundo empresarial.

Es el caso, de todos modos, de preguntarse el por qué de esa busca de economistas. Para los que se ocupan seriamente de nuestra materia y que, por lo tanto, son perfectamente conscientes de sus lagunas e imperfecciones, la actual popularidad de la ciencia económica debe parecer, a veces, como una circunstancia inquietante, nacida, quizás de la ilusión popular. ¿Los políticos y empresarios no esperarán, quizás demasiado, de los economistas? ¿Existe alguna justificación real de sus esperanzas?

Personalmente, no dudo de que algunos de esos temores estén justificados. Creo que en el momento actual existe una tendencia en el sentir popular a exagerar lo que puede esperarse de la economía y de los economistas; las "explicaciones económicas", las "soluciones económicas" están muy en boga en estos tiempos. La Biblia advierte, en alguna parte: "Ponte en guardia cuando todos hablan bien de ti." No quiero decir con esto que nos encontremos exactamente en una situación igual; en realidad, una buena parte de la opinión pública se manifiesta en contra de la economía, pero la parte favorable es de tal entidad como para inducirnos a dedicarle nuestra atención.

Y una vez que hemos cuidado de encuadrar la tarea dentro de sus justos límites, creo que haremos bien recordando, de vez en cuando, que existe, dentro del ámbito de nuestra disciplina, un conjunto de conocimientos tales que su posesión representa una ayuda concreta para comprender el modo real y la actitud que hay que asumir para modificarlo y concretarlo. Personalmente, creo que existe una tendencia a olvidar ese hecho, en especial, quizás, por parte de los que laboran en la frontera de nuestra ciencia, polemizando con sus colegas acerca del modo de ampliar el campo de aplicación o de volver a formular viejas verdades para suministrar a éstas la posibilidad de aplicaciones más precisas. Semejantes actitudes crean, con frecuencia, la impresión de que todas las cosas continúen estando en estado fluido; pero no es más que una ilusión, por cuanto, incluso no siendo completos, nuestros conocimientos son útiles. Piénsese, por ejemplo, en algunas cuestiones como la de los efectos probables de la fijación de precios máximos y del aumento del volumen del ahorro, aunque sólo sea para referirnos, respectivamente, a la micro y a la macroeconomía. No es cierto, en absoluto, que el que trate de comprender esos

fenómenos sin poseer conocimientos de economía tenga las mismas probabilidades de llegar al fin deseado, que las que tendría si poseyese esos conocimientos. Y existe, además, un bagaje considerable de economía elemental, aceptado por todas las personas conscientes, que puede utilizarse en el sentido antes indicado. En consecuencia, la opinión, según la cual partimos, en cada caso, del punto cero, no parece sostenible seriamente. Lo malo para nosotros es que ese bagaje de teoría tiende a parecer más bien *vieux jeu*; y a mayor abundamiento, nos olvidamos del vacío que separa a los que lo poseen de aquellos que carecen de él.

III

Por muy importante que sea el hecho de ser conscientes de la fuerza derivada de nuestros conocimientos, no constituye eso un argumento muy interesante a los fines de una exposición. Mucho más provechosa parece, en cambio, por lo menos en este caso, una reseña, por breve que sea, de los progresos logrados por las ramas más rigurosas de nuestra disciplina, así como el intentar trazar un esquema de las recientes innovaciones y desarrollos. Eso es justamente lo que me propongo hacer.

Empezaré con los progresos generales de la materia y tomaré como foco de mi atención el período de mi vida profesional, es decir, desde la mitad, aproximadamente, de la primera guerra mundial, hasta nuestros días.

Si se me pidiese una descripción amplia de lo que se ha logrado durante el período en cuestión, la primera característica que mencionararía sería la de la consolidación de una técnica común de análisis y de una terminología común. Me parece, señor Rector, que fué su eminente maestro, Maffeo Pantaleoni, quien dijo, en cierta ocasión, que no hay "escuelas" del pensamiento económico, sino economistas buenos y economistas malos. Fué esa una gran verdad, con un profundo significado y con implicaciones que llegan hasta mucho más allá de los confines de la economía técnica. Y, sin embargo, se queda corta al describir la apariencia de las cosas, sobre todo en la época en que fué pronunciada. La situación

podía ser diferente en los seminarios de Pantaleoni y hay buenas razones para creerlo así, pero, en general, el que se asomaba a nuestra disciplina se encontraba frente a un número considerable de escuelas, entre las cuales, aparentemente al menos en conflicto, ninguna reclamaba la adhesión del recién llegado. Había una Escuela de Cambridge, una Escuela Austriaca, una Escuela de Lausanna, para no citar —especialmente en Alemania— la existencia de las escuelas de cada uno de ciertos profesores, dotada cada una de ellas de un sistema propio y de una terminología igualmente propia. No todas aquellas escuelas eran agresivas en el mismo grado: La Escuela de Cambridge de aquellos tiempos —es decir, inmediatamente “después de Marshall”— por ejemplo, pocas veces atacaba los puntos de vista de las demás, por la sencilla razón de que sus miembros, en general dotados de talento y experiencia notables, a diferencia de su maestro, pocas veces estaban al corriente del contenido de las otras orientaciones. No se deben subestimar tampoco los grados de eclecticismo y de síntesis que se manifestaban ya, y el propio Marshall constituye un notable ejemplo a ese respecto. Y sin embargo, por lo menos para el observador externo, la situación de la ciencia económica se ofrecía confusa, preñada de “sectas” y de sistemas, en condiciones diferentes de cualquier otra ciencia natural y, como Pantaleoni notó, enemiga del espíritu real de la investigación.

Hoy todo eso pertenece al pasado. Sin embargo, no quiero decir con ello que nos encontremos en un estado de quietud absoluta y que todos estemos de acuerdo sobre todas las cuestiones; el acuerdo unánime es un acontecimiento que puede incluirse entre los pocos para los cuales es posible excluir, con seguridad, la posibilidad de que se verifique. En realidad, nosotros disentimos con mucha frecuencia, y de vez en cuando, los que piensan de la misma manera pueden ser agrupados y, si se quiere, calificados como una “escuela”. Empero —y este es el punto esencial— nuestro desacuerdo tiende, de día en día, a referirse más bien a proposiciones y construcciones concretas que a los sistemas generales. Hoy se puede decir que el principiante de nuestra disciplina, tanto en Roma como en Tokio o en California, para no citar a Londres y a Cambridge, aprenderá, en términos generales, la misma técnica general de análisis y usará términos y fórmulas comunes; y si,

una vez que haya llegado a niveles de estudio más elevados, aceptando esta o aquella interpretación de situaciones complejas, tiene que discutir con sus contrincantes, les hablará en un lenguaje común y tratará de defender su propio punto de vista, apelando a criterios de comprobación inteligibles para todos. Que esto representa un enorme progreso, no puede ser negado por nadie, sobre todo por los que son ya bastante viejos para recordar la pérdida de tiempo, las egolatrías y las devociones fuera de lugar, así como las polémicas de tiempos pasados. Es en este punto donde se debe reconocer como uno de los muchos méritos de los economistas italianos, precisamente el de haber sido siempre menos "de campanario", más "internacionales" que muchos otros, y de haber sido los primeros con su labor, durante el siglo actual, en abrir el camino para el reconocimiento general del carácter esencialmente cosmopolita de nuestra rama del pensamiento científico.

En ningún sector de nuestra disciplina son más evidentes esas consideraciones que en el acertadamente calificado por el profesor Hicks como *the statistiscal foundations*. A decir verdad, yo calificaría al logro de un acuerdo en esta materia como el segundo gran resultado del período al que me estoy refiriendo. Y no creo que esté expuesto a muchas objeciones declarar que, por lo que respecta a la estática y a la estática comparada, consideradas ambas dentro del ámbito de las teorías puras del cambio y de la producción, exista hoy, o al menos esté delineado, un conjunto de generalizaciones en torno a cuya consistencia y valor interpretativo no se plantean divergencias de ciertas gravedad.

Me apresuro a decir que, con esto, no pretendo implicar que la teoría económica está ya completa y que no tengan lugar controversias en algún caso determinado, pero estaría dispuesto a reconocer que allí donde existen aún tales controversias, éstas se refieren mucho más al modo de la formulación que a su sustancia. Piénsese, por ejemplo, en las formulaciones alternativas de la teoría del comportamiento de los consumidores: En apariencia, parece existir en este campo un mundo de diferencias; pero en el fondo, las concepciones directrices son semejantes, reduciéndose las diferencias, sobre todo, a una cuestión de elegancia y de táctica, bis a bis, de eventuales opositores desde el punto de vista metodológico. Y estaría dispuesto, sin dudar, a reconocer también

que en esta esfera hemos adquirido una síntesis de gran generalidad, dentro de la cual muchas de las famosas teorías del pasado pueden encontrar su sitio como "casos especiales". Tómese, por ejemplo, la teoría del valor-trabajo. Sabemos que ésta, como explicación general de los precios relativos, no es válida. Sin embargo, es perfectamente posible, dentro del ámbito de la estructura de la teoría moderna, formular un conjunto especial de cuestiones bajo las cuales dicha teoría podría ser aceptada, sin inconveniente, como una descripción sumaria de la realidad.

Una ilustración excelente del proceso de síntesis que estoy describiendo se encuentra en la virtual desaparición del conflicto entre el análisis del equilibrio parcial y el análisis del equilibrio general. Hace treinta años, a los que se iniciaban en el estudio de nuestra disciplina, podía disculparseles el que creyesen que, según dichos análisis, existiesen dos explicaciones del sistema económico totalmente diferentes una de otra. Los trabajos de Pareto y de su escuela por ejemplo, insistían en subrayar los errores de una llamada escuela inglesa, de la cual Marshall era considerado como el representante más autorizado, y cuyas explicaciones del valor y de la distribución eran acusadas de basarse sobre la falacia de que cuanto ocurre en una parte del sistema, es independiente de cuanto acontece en las otras partes; y a esta construcción errónea, se oponía una explicación "correcta", derivada de Walrás, según la cual lo que ocurre en una parte del sistema se consideraba como función de los fenómenos que se verificaban en cualquier otra parte.

Hoy día sabemos que todo lo anterior no constituye, en modo alguno, una diferencia fundamental, sino tan solo una diferencia de acento y del foco del interés. Nadie que lea a Marshall, con solamente la mitad de la comprensión que él mismo demostró para los autores que le precedieron, puede sostener seriamente que no conociese el método del equilibrio general: Los capítulos iniciales del libro VI y la célebre nota XIV del *Apéndice matemático*, son suficientes para poner ese hecho en evidencia. Tampoco se puede, en realidad, dudar de que, tan pronto como se realicen tentativas para aplicar la teoría del valor y de la distribución a problemas particulares, se hacen necesarias, por la propia naturaleza del problema, algunas simplificaciones del género usado por

Marshall, y de su llamado análisis del equilibrio parcial. Es evidente que, de todas maneras, los economistas ingleses de aquella época dejaron de tributar el reconocimiento debido al heroico esplendor de las construcciones walrasianas. Y es igualmente evidente, que las aplicaciones de los métodos parciales, a falta de los refinamientos impuestos por la consideración del problema más general conducen a la superficialidad y, a veces, a errores reales. La verdad es que los dos métodos de enfoque en cuestión, tienen su lugar y que cada uno de ellos necesita del otro, siempre que las posibilidades de análisis deban aprovecharse plenamente. Dar, por supuesto, todo esto como un dato de hecho, representa una característica de los trabajos más serios de nuestro tiempo, y, de nuevo, es motivo de complacencia hacia los economistas italianos el hecho de que, desde los albores, se encontrase en los trabajos de Pantaleoni y de Barone, un eclecticismo de ese tipo.

Un tercer progreso del período que estamos revisando que, en mi opinión, debe ser considerado hoy como un resultado conseguido, consiste en la amplia elaboración y en el desarrollo del tratamiento de los fenómenos generales —empleo, producción, precios y renta— análisis al que se asocia, especialmente, el nombre de Keynes. Aquí entramos de improviso en un terreno muy en controversia. Hay, todavía, muchos economistas a los cuales el solo nombre de Keynes les hace el mismo efecto que el capote rojo al toro, es decir, es para ellos un símbolo de todo cuanto es iconoclastico, disolvente e indefinible, tanto en teoría como en la práctica. Estoy seguro de que esa es una posición muy unilateral e irracional, como lo es, asimismo, la posición opuesta de elogio sin reserva; pero, con el transcurso del tiempo, se muestran ambas como meras actitudes de grupos diferenciados por la edad, y así, la generación más joven, en su mayor parte, no adopta ni la una ni la otra de esas actitudes. Subsisten, sin embargo, los problemas reales de la valoración y de la perspectiva: ¿En qué medida puede considerarse nueva y válida la contribución en cuestión?

Pues bien, dejadme que me apresure a deciros que pienso que resulta muy fácil exagerar el grado de novedad contenido en los detalles de la *Teoría General*. El propio Keynes, del cual me honro en haber sido amigo, fué, sin duda alguna, culpable, tanto de

acusar a sus predecesores de una supersimplificación que aquellos no adoptaron, como de ignorar las construcciones positivas por ellos realizadas y que no eran diferentes de las keynesianas. Y esa actitud, comprensible quizás en un hombre para el cual la memoria no constituyó nunca el punto fuerte, y a mayor abundamiento propenso a seguir sus propias ideas, se hace mucho menos perdonable en otros para los cuales parece, a veces, que la denigración sea más importante que la afirmación de verdades nuevas. No dudo de que en las discusiones más recientes de los problemas que interesaron a Keynes, haya mucho más sabor clásico del que aparece especialmente en la superficie de la *Teoría General*; pienso, por ejemplo, en la obra de Modigliani o en la de Patinkin. Estimo, igualmente, que no puede negarse que en los trabajos de los contemporáneos de Keynes —Robertson y el grupo de Estocolmo— se encontrasen más puntos, entre aquellos que Keynes trataba de poner en claro, de los que él mismo estuviese dispuesto a reconocer.

Por cuanto se refiere al contenido positivo de la *Teoría General*, estoy convencido de que se observan en ella importantes omisiones y falta de insistencia sobre diversos puntos. El hecho de haber omitido, por ejemplo, al presentar a la función del consumo, no solo como función de la renta, sino, también, de la riqueza, ha conducido a graves errores de previsión. Y la minimización continua del papel de la cantidad de dinero a la sola determinación del tipo de interés y nada más, ha llevado, al menos en mi opinión, a graves errores de política económica.

Es importante, sin embargo, guardar el sentido de la proporción. Puede ser cierto que los autores clásicos estuviesen convencidos de la dependencia del ahorro de la renta y del tipo de interés; y es indudablemente cierto que Keynes subestimó el conocimiento que sus contemporáneos tenían de esas relaciones; pero no es menos cierto que jamás antes de él se había dado tanta importancia a la posición fundamental de esa relación entre las determinantes de las cantidades macroeconómicas. Del mismo modo resulta evidente que muchos economistas antes de Keynes, se habían dado cuenta de la conexión entre el tipo de interés y la demanda y la oferta de dinero; y algunos, como por ejemplo Marshall, pueden haber dado, incluso en resumen, explicaciones ge-

nerales, muy satisfactorias del comportamiento del mercado de capitales frente a un incremento de la oferta de dinero. ¿Se puede, sin embargo, afirmar que antes de Keynes hubiesen recibido esas cuestiones la atención que merecen o la posición preeminente que les corresponde en el análisis del equilibrio general?

Si bien yo no piense que Keynes haya sido tan original o estuviese definitivamente en posesión de la verdad como se ha reconocido a veces, no tengo ninguna objeción que oponer a la definición de su influencia como "la revolución keynesiana". En la teoría social se da muchas veces el caso de que una vez acontecida una revolución, se descubran notables "anticipaciones" de las propias revoluciones; solo pocas veces se verifican en la naturaleza y en la historia las discontinuidades que sugiere el lenguaje popular. Y es cierto también que, después de una revolución, algunos elementos de la misma reaparecen en la estructura social. No significa esto, sin embargo, que la palabra revolución carezca de significado, o que la imprevista aceleración de los cambios y los diversos hincapiés subsiguientes, sean tan solo ilusorios. Y todo esto es de aplicación a la revolución keynesiana. En consecuencia, cualesquiera que sean nuestras estimaciones de detalle, no creo que pueda negarse que, precisamente, el hecho de verificarse hace que los fenómenos, tanto en teoría como en la práctica, no puedan seguir siendo considerados como antes. Y desde mi punto de vista personal, aunque esté lejos de pensar que todas las consecuencias hayan sido buenas, me alegro de haber vivido en el período de aquella revolución y de que, cuando tuvo lugar, fuese aún lo bastante joven como para recibir poderosos estímulos de aquella conmoción que provocó sobre las ideas más importantes.

IV

Deseo ahora avanzar en el tiempo y exponer no ya los resultados que forman parte de la historia, sino más bien las tendencias e innovaciones recientes de nuestra disciplina que se encuentran aún en fase de desarrollo. Entre ellas quiero subrayar tres: La

teoría de los juegos, la programación lineal y algunos aspectos del análisis dinámico que indicaré con mayor precisión cuando llegue a tratarlos separadamente. De todas estas cuestiones hablo con cierta vacilación, en parte porque emplean técnicas que sigo con menor rapidez y seguridad que aquellas a las que me había habituado durante el proceso de mi formación y en parte porque, dado que se encuentran aún en fase de desarrollo, es quizás prematuro exponer juicios en este sentido. Por lo tanto, lo que deseo decir al respecto no se refiere tanto a la naturaleza de los análisis como a las impresiones por ellos producidas.

A) *La teoría de los juegos.*—Empezaré por la teoría de los juegos que debe vincularse, principalmente, con el nombre de un genio casi universal, John von Neumann, y con él su eminentísimo colaborador Oskar Morgenstern. Permitidme que os diga antes que nada que, al par que el resto del mundo, me inclino ante la originalidad “exploradora” de esa construcción, la amplitud de sus perspectivas y su poder de síntesis. No estoy calificado para evaluar los aspectos matemáticos de la teoría en cuestión, pero no encuentro dificultad en comprender a los que la consideran como uno de los resultados intelectuales más elevados logrados en los últimos decenios.

Dicho esto, debo confesar, sin embargo, que abrigo reservas considerables en cuanto a la utilidad de aquélla para el desarrollo de la teoría económica *per se*. Puedo apreciar el significado de la teoría de los juegos en general; puedo creer que esté en grado de aportar contribuciones importantes a la teoría de la estrategia militar: me doy cuenta de que tiene innato un valor filosófico al exponer unitariamente los problemas del comportamiento racional comunes a todos esos terrenos, pero fuera de todo eso, tropiezo aún con muchas dificultades para discernir su contribución significativa a nuestra disciplina y admito el escepticismo en cuanto a desarrollos futuros.

Dos razones me inducen a sostener cuanto antecede.

La primera es teórica. Hasta el momento, parece que la gama de aplicación a la economía de dicha teoría es limitada. En realidad, solamente para el problema del duopolio puede decirse que se haya encontrado una solución completa desde el punto de vista

formal. Y por muy importante que sea, históricamente, ese problema, no puedo considerar que el añadir una nueva solución, a las muchas ya existentes, sea una contribución que tenga, por sí misma, un significado especial, aunque la solución en cuestión posea una gran elegancia. La segunda razón es más práctica. Aun dando por supuesto que se pueda llegar a soluciones teóricas de problemas más amplios, encuentro difícil concebir la disponibilidad de las informaciones concretas que serían necesarias, con frecuencia, para permitir aplicaciones prácticas. En ningún caso he notado en los jugadores de poker un gran entusiasmo por revelar sus propias cartas o sus propias funciones de utilidad.

Por ambas razones estoy de acuerdo con los profesores Dorfman, Samuelson y Solow cuando objetan que la teoría de los juegos, pese a su importancia como nueva rama de las matemáticas, tiene, por ahora, en economía, un significado que no va más allá de facilitar "un conjunto útil de construcciones para la discusión cualitativa de los problemas relativos a intereses opuestos".

B) *Programación lineal y "activity analysis"*.—Al pasar a estudiar la programación lineal o, para abarcar un campo más amplio, el "activity analysis" en general, me parece discernir una perspectiva muy diferente. También aquí tenemos un desarrollo que es, ante todo, un progreso de técnica matemática, pero se trata de una técnica matemática cuyas principales posibilidades de aplicación se encuentran en el centro de la economía. Por otra parte, se trata de una técnica cuyo valor para la solución de problemas determinados ha sido ampliamente demostrada en la práctica. En el terreno de las aplicaciones relativas a los operadores económicos, no cabe duda de que la programación lineal permite notables ganancias. El que ha de resolver problemas complejos de planificación de la producción parece darse cuenta, cada vez más, de los beneficios tangibles obtenibles de la aplicación de esos métodos. Puede estarse seguro de que, en ese terreno, el "activity analysis" ha llegado para quedarse.

Pero, además, me inclino a creer que esa rama tiene posibilidades importantes de contribuir a análisis económico en general. Y a este propósito mi mayor confianza se refiere a la teoría de la empresa. La teoría tradicional, con la empresa de un solo produc-

to como instrumento de análisis, puede facilitar una perspectiva preciosa de las relaciones estructurales de un sistema general en el equilibrio a largo plazo; y en forma muy general, quizás, la empresa que obtiene muchos productos puede ser incluida en ese cuadro. Yo, sin embargo, desafío a cualquiera que medite sobre los ejemplos característicos de aplicación de la programación lineal a los problemas a corto plazo de la empresa de varios productos, a sostener que el cuadro presentado del análisis tradicional dé una idea justa del problema real. Para mantener el respeto a sí mismos, los economistas tradicionales deberán, seguramente, revisar sus exposiciones de la teoría de la empresa a corto plazo y de sus conexiones con el equilibrio a largo plazo, teniendo en cuenta esas complicaciones.

Pero no es eso todo. No diría, ciertamente, que de esas técnicas nuevas haya surgido algo que revolucione nuestros conceptos generales de análisis económico. En mi seminario he oído discusiones al respecto, de las cuales me ha parecido ver surgir un panorama inútilmente sembrado de nacientes cadáveres. Confieso, sin embargo, que después de haber leído trabajos tales como el ensayo pionero de Makower o la monumental obra de Dorfman, Samuelson y Solow, he sido cada vez más de la opinión de que en el terreno en cuestión hay algo que, si no altera las líneas generales de la teoría fundamental, permite al menos adquirir nuevas intuiciones sobre el significado de las antiguas proposiciones e impone una cautela y una exactitud mayores en la formulación de las mismas. No sostengo que, en el futuro, los economistas todos deben aprender las minucias de esa técnica, del mismo modo que no todos están obligados a aprender los teoremas más elevados de la teoría estadística general, pero quisiera incitarles, por lo menos, a que aprendan el significado de aquella técnica y de lo que la misma puede permitir (y lo que no puede permitir) en el terreno de las aplicaciones prácticas.

C) *Análisis dinámico.*—Para hablar, ahora, de la tercera rama en desarrollo, volvamos al centro de la teoría económica, considerándola esta vez desde el punto de vista dinámico.

A ese respecto, considero importante darse cuenta de que también los métodos keynesianos, de los cuales he tratado ya de fórmu-

lar una evaluación, tenían una naturaleza esencialmente estática. La esencia analítica de la *Teoría General* estaba constituida por una serie de ejercicios, diremos, de estática comparada. No hace falta decir que eso no impidió al autor, como les había ocurrido a sus predecesores clásicos, y neoclásicos, abundar en generalizaciones dinámicas; y estoy muy lejos de sostener que éstas careciesen de valor. Sin embargo, el uso de la estática comparada a tales fines, comporta necesariamente hipótesis implícitas relativas al modo en que se supone que el sistema pasa de una posición a otra y mientras que, para ciertos fines, puede existir una justificación práctica de ese procedimiento, es evidente, a base de cuanto sabemos acerca del comportamiento de los sistemas económicos, que dichas hipótesis sólo pueden justificarse dentro de ciertos límites; y, en todo caso, en interés del rigor, la cuestión entera requiere exámenes ulteriores. Y es justamente en ese terreno en el que se han verificado algunos de los progresos más interesantes en la posguerra.

De entre esos progresos, hay dos que me parecen tener un significado particular. El primero se refiere a la obra del profesor Phillips, cuya esencia consiste en la busca, por medio de poderosos métodos matemáticos, de las reacciones del sistema general ante los diferentes estímulos en la hipótesis de *lags* diferentes; y cuyos desarrollos principales se han logrado, hasta ahora, en el ámbito de la *stabilization theory*. Desde el punto de vista formal las construcciones de Phillips pertenecen a aquella familia, de la cual el famoso teorema de la "tela de araña" constituyó el primer ejemplo. Sin embargo, la diferencia en cuanto a la amplitud del terreno cubierto y en la profundidad de la técnica son tales como para hacer que se la considere como constitutiva una rama de tipo diferente. La única "aritmética" comprendida en dichas construcciones no sería tolerable si no fuese por la posibilidad de usar calculadores análogos. Confieso que algunos resultados de Phillips me dejan un tanto perplejo. Las posibilidades de las tendencias desequilibradoras, por ejemplo, se han revelado tan múltiples que inducen a preguntarse cómo es posible que en la historia las oscilaciones del sistema hayan podido mantenerse dentro de límites relativamente tan estrechos. Personalmente, me atormenta la

persistente impresión de que razonando sobre la base de cuanto se ha adquirido ya, sería posible llegar a generalizaciones de una simplicidad mayor. No abrigo dudas, sin embargo, al menos, sobre la importancia teórica de la obra en cuestión, y es evidente que las perspectivas que abre de provechosas relaciones con el análisis estadístico de alto nivel, son, en realidad, muy prometedoras.

El segundo progreso se refiere a la teoría general del desarrollo y de la recesión. Las proposiciones tradicionales en ese terreno han sido expresadas en forma de estática comparada, completadas, quizás, con pocas generalizaciones cualitativas acerca de los efectos dinámicos de la inflación y de la deflación, y yo estoy muy lejos de pensar que hayan sido superadas enteramente. Después de todo, representan uno de los legados más importantes del sistema clásico. Es evidente, sin embargo, que dejan sin respuesta toda clase de cuestiones interesantes relativas a la interdependencia de los diferentes elementos del sistema, dados los ritmos diferentes de los cambios fundamentales; y en un mundo en el cual se está preocupado, especialmente por los problemas prácticos relativos a la manera de acelerar el ritmo de desarrollo, es natural que se dedique mucha atención a esas cuestiones. En último análisis, sospecho que esos trabajos de investigación de los cuales son ejemplos típicos los de Harrod, Miss Robinson y Domar, se refieren, en el fondo, al mismo problema afrontado por Phillips, aunque las técnicas empleadas sean notablemente diferentes. Bien puede darse el caso de que la especificación de las condiciones relativas al desarrollo constante no constituyan más que uno de los casos especiales de los cuales puede ocuparse la técnica general. El único comentario que me permito al respecto es que, si bien desde el punto de vista puramente teórico, las perspectivas de intuiciones útiles en ese terreno son más prometedoras que de ordinario, sería también más conveniente que de costumbre que, de cuando en cuando, los modelos empleados se contrastasen con la realidad y los resultados obtenidos controlados por medio de observaciones generales y análisis estadístico. En estos tiempos, es muy incitante pasar de golpe de la teoría pura a las aplicaciones prácticas, pero, pensando en la complejidad del mundo real, resulta también muy peligroso.

V

Todo cuanto acabo de decir, me abre el camino para otro perfil de mi exposición: el del papel de los estudios empíricos en el cuadro contemporáneo.

Uno de los cambios notables observados durante el período que he intentado pasar revista, está representado por la desaparición virtual del empirismo agresivo. Pueden existir aún tipos impetuosos que rechazan toda relación con la teoría y declaran su firme adhesión a la regla de "dejar que los hechos hablen por sí mismos". Pero mientras que esos, hace treinta años, estaban bien aferrados al terreno, y de hecho dominaban importantes comunidades de estudiosos, no representan hoy más que excepciones que han sobrevivido. En nuestros días estamos muchos de acuerdo en que los hechos no hablan por sí mismos y que ni siquiera pueden ser encuadrados en clases sin la ayuda de cualquier teoría que ponga de relieve cuáles son las características significativas. Estamos también de acuerdo en cuanto al hecho de que resulta completamente injustificado considerar a la especulación teórica y a los estudios empíricos como dos vías separadas de investigación. Nosotros las consideramos más bien como partes indispensables de lo que, fundamentalmente, es un proceso único. Escojemos teorías para explicar el mundo real y las controlamos preguntándonos si logran desempeñar esa función en circunstancias específicas. No quiero afirmar que todo eso sea aceptado universalmente, pero me inclinaría a afirmar que ese método es el único que se adapta a las necesidades de la investigación científica, y creo que durante los últimos años no se ha presentado ninguna otra posibilidad alternativa seria.

Sin embargo, una cosa es la teoría y otra la práctica. Y si bien hoy predomina la convicción de que la finalidad de los estudios empíricos es la de comprobar las hipótesis teóricas, debo reconocer, a regañadientes, que una gran parte de los estudios "realistas" tiende a seguir siendo mal utilizada, justamente por la falta de una conciencia clara de los fines de los mismos. Tanto en la calle como en los seminarios universitarios, se ha abandonado ya

la idea de que todos los fenómenos nacen libremente e iguales entre sí; y, sin embargo, muchas de las llamadas investigaciones empíricas se desarrollan como si, en realidad, sucediesen precisamente así.

Esto constituye, a todas luces, un gran pecado, porque conforme se lleva la teoría económica a un nivel más elevado, y se hace más complicada, las necesidades de comprobación se hacen cada vez más imperativas. Personalmente, soy de opinión que un reproche merecidamente aplicable a los economistas de nuestra época es el de la existencia de una gran parte de construcción teórica falta de comprobación. No quiero, con esto, desanimar, en absoluto, el libre juego del gusto especulativo o un cierto nivel de especializaciones; no se debe yugular la facultad imaginativa, y una cierta división del trabajo es necesaria. Pero creo que haremos bien en recordar que hoy, después de cerca de treinta años del más concentrado despertar de la actividad especulativa que jamás se haya registrado en la historia del pensamiento económico, una de las necesidades más urgentes es la utilización de los estudios empíricos con el fin de descubrir cuáles construcciones técnicas soportan la comprobación de los hechos y cuáles demuestran ser insignificantes. Lo que se necesita no es tanto un proceso de compilación y de registro, como trabajos del tipo ejemplificado, en la vieja literatura, por el ensayo de Cairnes sobre los efectos del descubrimiento del oro australiano y, en la literatura de nuestros días, por el trabajo de Viner sobre la balanza de pagos canadiense o por el trabajo clásico de Bresciani Turrioni sobre la gran inflación alemana.

VI

Permitidme, para terminar, que hable brevemente acerca de la situación actual de la llamada "economía del bienestar"; terreno de especialización en el cual algunas de las mentes económicas mejores han esperado encontrar un puente que una la ciencia positiva a la política práctica.

Es imo que, en este terreno, la historia reciente no es del todo satisfactoria. Se inicia, quizás, con la admisión, ampliamente acep-

tada, de que una gran parte de las formulaciones de la rama en cuestión dependen de las comparaciones interpersonales, las cuales implican un género de juicio de ningún modo susceptible de comprobaciones objetivas. La famosa obra "Economic of Welfare", de Pigou, se basaba, en parte, sobre supuestos de esa naturaleza y, evidentemente, no se encontraban en ella métodos aceptables para someter dichos supuestos a comprobación.

Una vez reconocido esto, se ofrecían dos posibilidades alternativas: Una era la de admitir francamente la naturaleza convencional de las comparaciones interpersonales y de proseguir la investigación como una interpretación de la teoría positiva en términos tradicionales; y la otra, intentar la reconstrucción de la teoría sin convencionalismos, de modo de hacerla *wertfrei* del todo.

En la realidad, se eligió este segundo camino. Durante los dos últimos decenios, e incluso más, la atención de los economistas dedicados a la rama del estudio en cuestión ha estado ocupada en la elaboración de comprobaciones de mayor o menor *welfare* que no involucrase comparaciones interpersonales: Comprobaciones de las compensaciones reversibles y similares. Algunas de éstas demuestran una gran inventiva analítica, pero ninguna de ellas, a mi parecer, conduce a menos de mil millas de la aplicación práctica; y si se piensa en la enorme literatura dedicada a este efecto, se tiene la impresión final de un gran esfuerzo que se ha desperdiciado en gran parte. Seguramente hubiese sido mejor si se hubiese adoptado la primera alternativa, es decir, si se hubiera aceptado la opinión de que ese tipo de análisis implica un elemento convencional y, en consecuencia, se hubiese procedido como se ha indicado antes, limitándose a tener cuidado de precisar que los resultados de una investigación de ese tipo contiene, *inter alia*, un tipo de supuesto adoptado continuamente en las relaciones sociales, pero que no es susceptible de demostración científica.

Desde este punto de vista no puedo por menos de sentir que los amigos de la más vieja *welfare economics* hayan perjudicado con frecuencia, involuntariamente, la posición que deseaban defender. La opinión de que las comparaciones interpersonales sean en todos sentidos susceptibles de comprobación y libres de un elemento de evaluación personal, me parece, en efecto, absolutamente insostenible, y el tratar de defenderla no puede hacer otra cosa

que provocar una oposición. Personalmente no acierto a ver qué mal posible pueda derivarse de admitir todo eso, como hizo el propio Bentham, y continuar en la labor. Y encuentro extraordinariamente difícil comprender la actitud mental que espera encontrar en el ámbito de cualquier ciencia positiva una guía suficiente para la acción práctica; no puedo comprender, por lo tanto, cómo esto no ha sido reconocido desde un principio.

Sin embargo, una vez admitido eso, se hace muy discutible la conveniencia de detenerse a levantar acta solamente de ese elemento individual convencional. Yo vislumbro un valor considerable, en una buena parte de lo que se encuentra, por ejemplo, en la mencionada obra de Pigou. Pienso, sin embargo, en ella como en una parte de un universo más amplio que, a la manera de los clásicos, prefiero llamar *political economy* más bien que como una disciplina semi-independiente denominada "economía del bienestar". Implícita o explícitamente, si uno desea discutir de política económica en términos de evolución, se ve obligado a tomar en cuenta muchos elementos políticos, aparte de las meras comparaciones interpersonales de utilidad; y no consigo ver cómo eso no deba hacerse desde el principio más bien que esperar hasta que se ha completado el análisis de la utilidad. He pensado con frecuencia que las páginas más inútiles de los libros de texto de Hacienda Pública son aquellas en las cuales se demuestra (bajo supuestos utilitarios) que el mínimo sacrificio total venga asegurado por un sistema fiscal que corte todas las rentas por encima de un nivel determinado, y en las cuales se añade después que esa consideración puede venir compensada por la presencia de incentivos, etcétera.

Esto no significa en absoluto que yo siga el camino de aquellos economistas, como Myrdal, que sostienen que *toda* la economía encierra un elemento político. Lo contrario, es lo cierto. En mi opinión la estructura básica de los economistas científicos es un conjunto de conocimientos que están o deberían estar libres de tales intrusiones. La distinción entre positivo y normativo es fundamental. Todo lo que quiero decir es que cuando se llega a la teoría de la política, donde los supuestos políticos son inevitables, no nos debemos contentar con un conjunto de aplicaciones que impliquen solamente una norma, sino que se debería imponer la discusión

de todos los elementos que tienen probabilidades de ser importantes en la acción práctica, es decir, que cuando se deja la economía positiva no se debería pasar, a mitad de camino, al tambaleante edificio de la economía del bienestar, sino a una teoría general de la conducta económica del Estado.

Se encuentran buenos ejemplos de esto en las tradiciones del pasado, y vuestra experiencia personal en ese terreno, señor Rector, es una sólida demostración de que puede ser practicada con éxito aún en nuestros días.

LIONEL ROBBINS